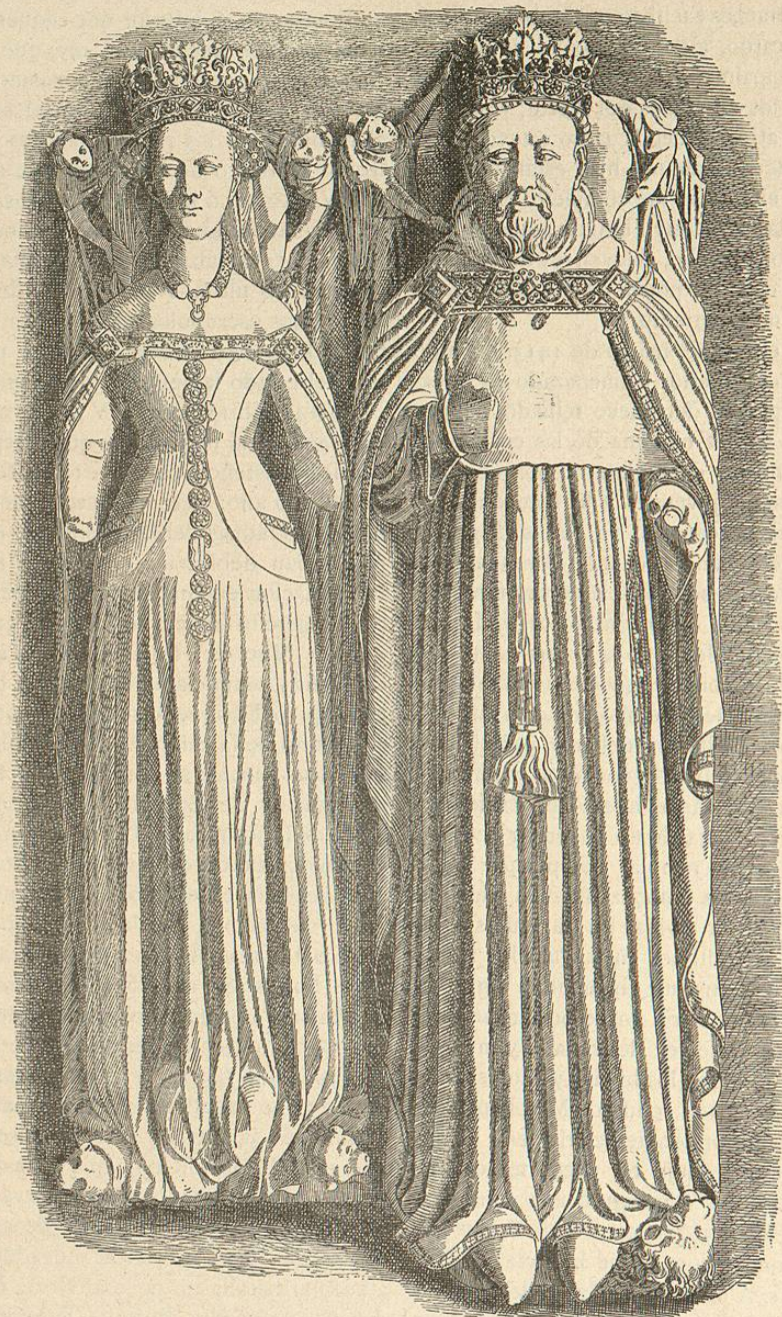


sus posiciones, y el ostentoso ejército de la nobleza francesa quedó completamente derrotado y anegado en sangre. Esta victoria dejó muy atrás á las de Crecy y Maupertuis; 10,000 franceses, entre ellos 8,00 nobles, yacían en el campo de batalla, mientras los ingleses solo tuvieron 1,800 bajas, y se llevaron entre los prisioneros 1,500 representantes de las casas mas nobles de Francia.

Esta fué la tercera catástrofe que sufrieron los franceses en su guerra con los ingleses, y por tercera vez quedó aniquilada la fuerza militar de Francia. Esta vez era mas desesperada la situación del país que en los años 1346 y 1356, y el desastre militar desencadenó con mas violencia que nunca en el interior la furia de los partidos.

El duque Juan de Borgoña se alegró del desastre de sus



Monumento sepulcral de Enrique IV de Inglaterra y de su esposa Juana de Navarra (capilla de Santo Tomás, en la catedral de Cantorbery).

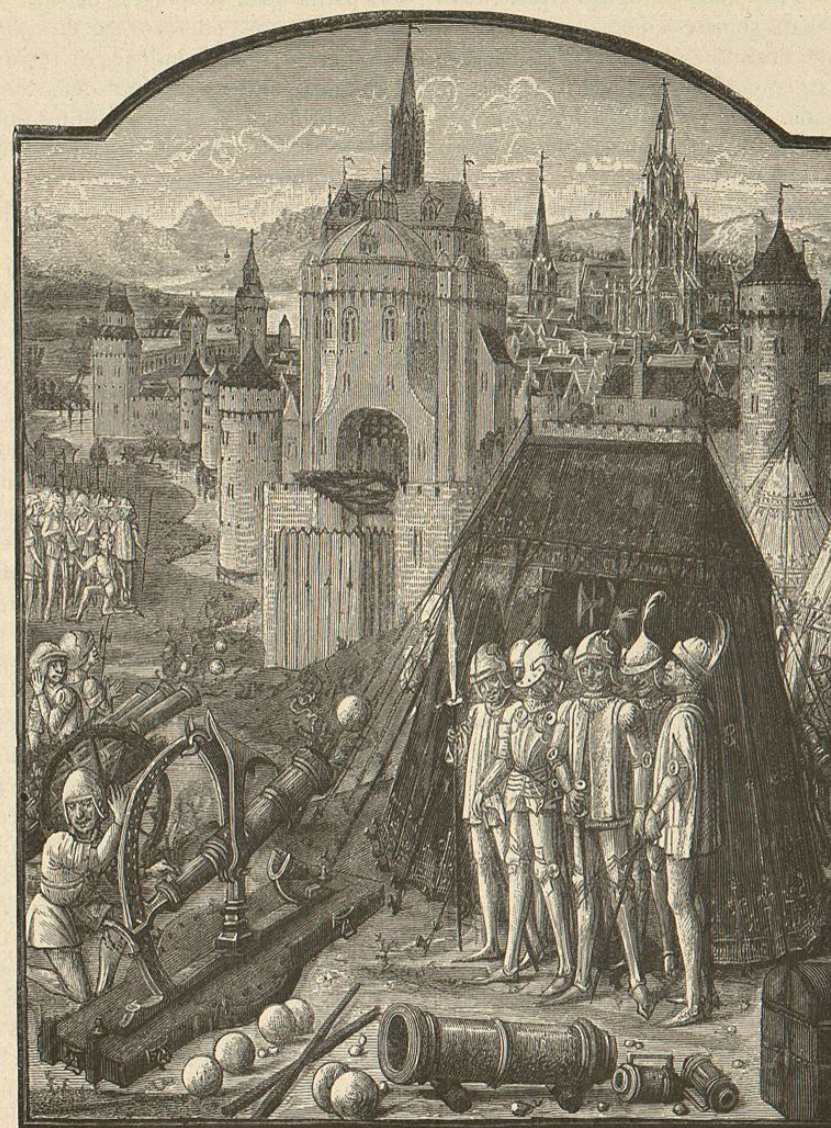
contrarios y se apresuró á aprovechar la ocasion para recuperar su antiguo poder, á cuyo fin marchó con sus fuerzas sobre Paris, donde Caboche y su gente le esperaban; pero Bernardo de Armagnac le ganó la delantera y ocupó la capital, donde tuvo sujeto al pueblo con mano de hierro y se hizo al mismo tiempo dueño de la corte y por tanto del reino á falta de otro hombre capaz, pues Carlos de Orleans estaba prisionero de los ingleses y la rama de los Valois se iba al parecer rápidamente extinguiendo. Pocos dias despues de la batalla de Azincourt murió Luis de Guiena, el hijo mayor del rey pobre de espíritu y de Isabel de Baviera; y en la primavera del año 1417 murió el hijo segundo, Juan, que-

dando el tercero, Carlos, de edad de 14 años, débil de cuerpo, de inteligencia escasa y falto de energía. Este fué, pues, desde la muerte de sus hermanos el príncipe heredero ó Delfin. Unicamente estorbaba al conde de Armagnac la reina Isabel; pero logró su destierro á Tours, donde vivió poco menos que prisionera y con una asignacion escasísima, como para expiar sus despilfarros anteriores. Indignada de este tratamiento, no pensó mas que en vengarse, y sus tentativas de venganza introdujeron la discordia mas funesta en la casa real. Alióse con el duque Juan de Borgoña, el enemigo mortal del conde de Armagnac.

Entretanto Inglaterra, que habia rechazado la mediacion

del emperador Segismundo, que á este objeto habia acudido personalmente desde Constanza, fué obteniendo nuevas ventajas. Con ella entró Juan de Borgoña en negociaciones, y en la primavera de 1417 alzó la bandera de la guerra civil dirigiendo á los franceses un manifiesto, en el cual lanzaba terribles acusaciones contra «gente de baja ralea, que abusaban tiránicamente del poder obtenido por medio de crímenes,» y declaró que empuñaba las armas para librar á la Francia de aquella gente, bajo cuyo nombre aludía al de Armagnac.

Las ciudades del Norte, deseosas de ver cesar el reinado de la nobleza, se pronunciaron por el duque, que pudo presentarse en el verano del citado año con un gran ejército delante de Paris; pero Armagnac sofocó todo conato de rebelion. Entonces fué cuando el duque entró en negociaciones con la reina Isabel en Tours, de cuya persona se apoderó enviándola á Chartres. Allí Isabel publicó un edicto declarando nulas y de ningun valor todas las disposiciones y órdenes publicadas por el rey Carlos VI y el Delfin, y pre-



Artillería francesa de á mediados del siglo XV delante de una ciudad sitiada. Miniatura del ya citado manuscrito de Froissart, que se encuentra en la biblioteca municipal de Breslau.

viniedo que solo eran valederas las órdenes emanadas de ella y del duque de Borgoña, á las cuales únicamente se debía prestar obediencia. El resultado fué que mientras Enrique V completó la conquista de la Normandia y reconcilió á los habitantes con su gobierno por medio de su buen tacto, la reina Isabel y Juan de Borgoña establecieron un gobierno completo en Troyes con todo su personal, consejo de Estado, parlamento y oficinas; gobierno que fué reconocido por las ciudades que se habian declarado á favor del duque de Borgoña. Esto causó mucho efecto en el pueblo de Paris; pero la vigilancia del de Armagnac impidió desde luego que se establecieran inteligencias entre la capital y el gobierno de Troyes. Al fin una partida de tropa borgoñona pudo introducirse sigilosamente en la ciudad á fines de mayo de 1418 y una vez dentro, se declaró á su fa-

vor toda la poblacion. El Delfin consiguió encerrarse en la Bastilla; pero el rey tuvo que mostrarse al pueblo y aprobar el nuevo cambio, y los vencedores, unidos al partido del pueblo, cuyos corifeos salieron de sus escondrijos, hicieron una horrible matanza entre sus contrarios, acuchillando á centenares de soldados del de Armagnac. Una tentativa de los que se habian encerrado en la Bastilla para apoderarse de la ciudad por sorpresa, acabó de exacerbar á las masas, las cuales tomaron por asalto las prisiones, dieron cruel muerte á los presos políticos, y no contentas con esto, desahogaron su saña en los cadáveres de sus víctimas, entre las cuales figuró tambien Bernardo de Armagnac, que murió el 12 de julio á manos del pueblo, dueño de Paris. En otras ciudades se repitieron estas escenas.

El Delfin habia podido salir á tiempo de la Bastilla y

pasar á Melun, desde donde huyó á Bourges y tomó el título de regente por consejo de Duchatel, yerno del conde de Armagnac y como éste enemigo mortal de Juan de Borgoña, el cual por su parte hizo inútiles esfuerzos para entenderse con el Delfín. Este reunió los dispersos secuaces de Armagnac y formó un gobierno rival del de la reina Isabel y del duque de Borgoña, pretendiendo como éste ser el único gobierno legítimo en virtud de un decreto especial del rey Carlos VI.

Dividida así la Francia entre dos gobiernos rivales, tuvo Enrique V campo libre para someter ciudad tras ciudad la Normandía; y cabalmente cuando el populacho de París se hacía dueño de la capital, empezaron los ingleses el sitio de Ruan, la capital normanda. Esta se sostuvo heroicamente seis meses, en la persuasión de que el Delfín haría un esfuerzo para socorrerla y salvarla; pero nada hizo, y en enero de 1419 tuvo que entregarse. Enrique V no abusó de su victoria; dejó á la ciudad todos sus fueros y privilegios y solo le exigió una contribucion de guerra. La mayor parte de los vecinos, viéndose abandonados por su gobierno, prestaron juramento de fidelidad al nuevo soberano, y las demás ciudades siguieron su ejemplo. El gobierno francés hizo proposiciones de paz, pero el rey victorioso solo quiso tratar sobre la base de la paz de Bretigny, que habia entregado á Inglaterra la mitad de Francia.

Era evidente que para la Francia dividida no habia salvacion, y convencidos todos de esta verdad se trabajó en el verano del año 1419 para lograr un arreglo entre el Delfín y el duque de Borgoña; pero á lo mejor, los amigos del primero le echaron todo á perder para satisfacer su venganza. Convínose en la celebracion de una entrevista entre los dos príncipes para ponerse de acuerdo respecto de las operaciones contra los ingleses; y en esta entrevista, que tuvo efecto en el puente del Yonne cerca de Montereau, fué asesinado alevosamente el duque Juan de Borgoña. Esta accion infame costó cara á Francia. El hijo de la víctima, Felipe el Bueno de Borgoña, jóven de 22 años, se puso de parte de los ingleses y firmó en diciembre de 1419 en Arras un tratado de alianza con Enrique V, en virtud del cual le reconoció por heredero legítimo de la corona de Francia, debiendo Enrique casarse con Catalina, hija del rey Carlos VI, al cual sucederia en el trono. Carlos y su esposa Isabel aprobaron el tratado, que fué ratificado en mayo de 1420 en Troyes en un pacto definitivo y expreso. El pueblo francés, cansado de tantos años de desgobierno y de tantas miserias, saludó el casamiento y todo el arreglo como la aurora de una era de paz, porque conservaba sus leyes y la nueva dinastía que debia en adelante regirle descendia por la parte materna de los reyes de Francia. Sens, Montereau y Melun fueron ocupadas sucesivamente por los ingleses, y á principios del mes de diciembre, Enrique V, en union de Carlos VI y de Felipe de Borgoña, entró victorioso en París. Allí los brazos del reino y la universidad reunidos en parlamento reconocieron solemnemente como ley del reino el tratado de Troyes, votando al propio tiempo los recursos necesarios para hacer la guerra á la faccion del Delfín, el heredero legítimo de la corona de Francia. A instancia del duque Felipe, se formó causa á los asesinos del duque Juan de Borgoña, que fueron declarados fuera de la ley y desposeidos de todos sus bienes y dignidades; y siendo uno de los fautores el Delfín, si bien en la causa no se le nombró, se le aplicó tambien la sentencia. Arreglado todo esto, regresó Enrique V con su jóven y bella esposa á Inglaterra, donde fueron recibidos con júbilo.

El nuevo órden de cosas pactado en Troyes y legalizado en París era demasiado antinatural para ser sólido; por-

que el pueblo francés no podia menos de abrir los ojos y ver que en adelante su país, la monarquía de San Luis y de Felipe el Hermoso, no seria mas que una provincia de Inglaterra, sin los derechos constitucionales del pueblo inglés, y obediendo á un rey que para muchos de sus súbditos ingleses era un usurpador en su país propio. El Delfín, que tan triste papel habia hecho hasta entonces, protestó en términos dignos contra el arreglo arbitrario y contra la conspiracion de su madre con el rey extranjero y los traidores á la patria para despojarle de sus derechos. Esta protesta encontró un poderoso eco en toda la nacion, y no tardaron en producirse indicios de una reaccion saludable. En diferentes puntos se alzaron defensores del derecho del heredero legítimo, y algunos triunfos que obtuvieron reanimaron los decaídos bríos del pueblo francés. Las provincias del Mediodía, que por tanto tiempo habian formado parte de la corona de Inglaterra, se declararon por el Delfín y la monarquía nacional.

En el verano del año 1421 volvió Enrique V á Francia y procedió con tanto rigor contra la soldadesca mercenaria extranjera que peleaba por la causa del Delfín, que nadie se atrevió ya á resistir al inglés. En junio del año siguiente volvió Enrique á entrar triunfante en París, y parecia tener que quedar definitivamente dueño de Francia. El duque de Orleans y gran número de aristócratas franceses desde algunos años antes eran prisioneros suyos, lo mismo que el jóven rey de Escocia; el duque de Borgoña era su aliado, y él estaba reconocido como yerno y sucesor del rey de Francia; de suerte que el hijo que su esposa habia dado á luz en diciembre de 1421 era heredero de tres coronas y acaso de mas, porque Enrique V habia puesto tambien la mira en la de Alemania. Su hermano menor, el duque de Gloucester, estaba casado con Jacoba, viuda del hijo segundo del rey de Francia, Carlos VI, que era la heredera de Guillermo VI de Holanda y del Hainaut; su hermano mayor, Juan de Bedford, tenia esperanzas de ceñirse la corona de Nápoles y estaba emparentado con las casas reales de Castilla y Portugal. En una palabra, no habia entonces dinastía que reuniera auspicios tan brillantes como la casa de Lancaster; de suerte que bien podia aspirar en su interior á ceñir algun día la corona imperial del Occidente, tanto mas cuanto que la Iglesia necesitaba un brazo poderoso en que apoyarse. A esta perspectiva se agregaba que Enrique V, idolatrado por el pueblo inglés, cuyos derechos constitucionales respetaba y cuyas glorias iba aumentando con sus victorias, podia contar con el apoyo y los sacrificios de la nacion inglesa.

Sin embargo, si el rey Enrique V llegó á creer que el pueblo francés se someteria siempre como entonces, cuando era desgraciadísimo y estaba desesperado, á un soberano extranjero; que la nobleza tascaria siempre impotente el freno, y que siempre estaria dividida en dos bandos enemigos é irreconciliables; en fin, si el rey de Inglaterra llegó á creer su posicion en Francia segura y duradera, se equivocó mucho, aunque quizás habria durado su obra mas años si él hubiese vivido mas; pero no llegó este caso, porque en 31 de agosto de 1422, en Vincennes, le arrebató una muerte prematura á consecuencia de una fistula, á la edad de 35 años. Con ánimo tranquilo dispuso en los últimos dias de su vida que hasta la mayor edad de su hijo, que entonces solo contaba nueve meses, gobernarían el duque de Bedford en calidad de regente la Francia y la Normandía, y el duque de Gloucester la Inglaterra. Encargó la educacion de su hijo Enrique VI á su tio Enrique, obispo de Winchester, en union con el duque de Exeter y los condes de Warwick y de Huntingdon. Además dispuso que se conti-

nuara la guerra de Francia hasta la sumision completa del país. Su cadáver fué embalsamado; en la iglesia de Saint-Denis, panteon de los reyes de Francia, se le hicieron fastuosos funerales, y luego fué conducido con los honores y el aparato correspondientes á Calais. Desde allí le condujo la escuadra á Dover, y el 7 de noviembre fué colocado solemnemente en su sepultura en la abadía de Westminster.

Por aquel mismo tiempo murió Carlos VI y sus restos mortales fueron depositados en Saint-Denis, después de haber sido durante la mayor parte de su lamentable é ignominioso reinado instrumento pasivo de pasiones de ambiciosos. Tocaba la sucesion, segun el pacto de Troyes, al niño Enrique VI; pero si la nacion francesa se habia sometido al padre, vencedor en muchas batallas y además representante del legítimo rey de Francia, su suegro, cuando se trató de reconocer y obedecer á un niño y al príncipe su tutor, que hasta entonces solo se habia dado á conocer como militar duro é inflexible, empezó á sentir mas que nunca lo ignominioso de su situacion. Este sentimiento se propagó por las provincias del Norte y muchísimo mas por las del Mediodía, donde tenia su centro de operaciones el Delfín, que desde la muerte de su padre se titulaba Carlos VII y á quien sus contrarios llamaban por mofa «el rey de Bourges.» Su situacion y su carácter prometian, en efecto, muy poco. Educado en una corte corrompidísima y crapulosa, de pobre inteligencia y falto de todo impulso noble, sin energía, entregado á los goces materiales, gobernado por cortesanos y mujeres, no era el hombre que la Francia necesitaba; mas á pesar de esto la nacion francesa vió en él desde su coronacion, que se efectuó en Poitiers, á su rey legítimo y no en el niño Enrique VI, al cual bajo la presion del ejército inglés, capitaneado por Bedford, habia tenido que prestar pleito homenaje en París. El reino de Francia estaba hecho girones, pero el trono y el nombre de monarquía existian todavia y el representante de ellos era para la nacion francesa Carlos VII, que como tal era una potencia moral invencible, aunque personalmente nada valia. El espíritu de la nacionalidad francesa vivia, y como todas las grandes tendencias vivas de la humanidad encuentran en quién encarnarse, se encarnó entonces en Juana de Arc, conocida por «la doncella de Orleans.»

Entretanto continuó la guerra asolando el país. Los ingleses seguian triunfantes; Felipe de Borgoña se abstuvo temporalmente de tomar parte en la lucha, porque el matrimonio de Gloucester con Jacoba de Holanda amenazaba hacer fracasar sus proyectos de anexion de los Países Bajos; mas á pesar de esto no escuchó las proposiciones que se le hicieron para abrazar la causa de Francia, porque no podia olvidar el alevoso asesinato de su padre en el puente de Montereau. Por esta causa no dieron resultado práctico las ventajas que en el verano de 1427 alcanzaron sobre los ingleses los valientes y arrojados Lahire y el conde Dunois, hijo ilegítimo éste del príncipe de Orleans, asesinado en París por instrumentos de Juan de Borgoña. Por lo demás, la inactividad del rey, que no sabia renunciar á su vida de placeres, paralizaba los impulsos generosos de los hombres de mas valer, impotentes para liberrar al rey del yugo de los favoritos y de las mujeres. En cambio se aumentaron las deserciones de los desesperanzados, de suerte que los dias de la monarquía de Carlos parecian contados.

El duque de Bedford habia empezado en otoño de 1428 el sitio de la ciudad de Orleans, con el objeto de abrirse, con la posesion de esta plaza principal, el camino al Mediodía de Francia. Los ingleses, dueños ya de la cabeza de puente en la orilla izquierda del Loira, cortaron las comunicaciones de la ciudad, que no obstante se sostuvo todo el invierno; pero

al llegar la primavera empezaron á escasear los víveres, y la ciudad ofreció rendirse á Felipe de Borgoña. Esta oferta fué rechazada por los ingleses, con gran disgusto del duque Felipe, que con su gente se retiró del sitio. En el mes de abril de 1429 parecia ineludible ya la rendicion, á consecuencia del hambre y de las enfermedades malignas que se cebaban en la poblacion y en sus defensores. Carlos VII, que estaba con su corte en Chinon, no sabia qué hacer, y no hizo nada; solo estaba resuelto, si las cosas iban de mal en peor, á abandonar la corona y el reino y refugiarse en España.

En tan aflictiva y desesperada situacion se divulgó la noticia de la aparicion de una jóven lorenesa que pretendia tener del cielo la mision de salvar la ciudad de Orleans y de hacer coronar al Delfín solemnemente en Reims. No fué esta doncella la primera ni la única persona que animada



Un matrimonio real en coche de viaje.

Miniatura de una traduccion del Valerio Máximo de Simon de Hesdin y de Nicolás de Gonesse. Manuscrito en pergamino, en dos tomos, con miniaturas de colores, de la escuela flamenca (probablemente de la segunda mitad del siglo XV), hecho para Carlos V de Francia. — Procede de la biblioteca del bastardo Antonio de Borgoña (1421-1504) y se encuentra actualmente en la biblioteca municipal de Breslau.

y dominada del sentimiento nacional sobrecitado habia representado la tendencia, el sentimiento y los deseos de toda la nacion. Los predecesores que tuvo Juana de Arc explican la aparicion de ésta como la encarnacion mas completa y mas perfecta del alma nacional francesa en aquella situacion especial. Son apariciones éstas que solo se producen en pueblos cuya sensibilidad ha alcanzado ya un desarrollo determinado, y vienen á ser la condensacion del sentimiento nacional en su mayor grado de desarrollo y de poder, y por la misma intensidad con que sienten lo que su nacion siente ven ya realizados y palpables los deseos que despierta el sentimiento, y no retroceden ante ningun peligro, realizando así á menudo hechos que parecen sobrenaturales. Lo que estas personas entonces dicen ver y oír, lo ven y oyen en su interior, en su misma esencia, y juran verlo y oírlo fuera de su interior con la mas completa buena fe. Podrá tener este estado á veces algo de morboso, pero no hay en él nada de sobrenatural, y á menudo tiene mucho de voluptuoso (1).

Precursoras de Juana de Arc fueron en tiempo de Carlos V la devota Guillemette de La Rochela; posteriormente Her-

(1) Véase J. F. C. Hecker: *Ueber Visionen*, Berlin, 1848.